



Tras haber frecuentado diversos géneros literarios, Hernán Valdés parece haberse decidido, finalmente, por la novela. Su última obra, *Zoom* (México, Siglo XXI editores, 1971, 261 pp.), se muestra, en efecto, como una obra de madurez, al tiempo que como una muestra del género novelesco de una dignidad, si no calidad, poco habitual en el dominio de nuestras letras. Dos cosas llaman la atención inmediata sobre la obra, ambas relacionadas: por una parte la falta absoluta de promoción que la novela de Valdés ha sufrido, por otra el hecho de que, a semejanza de otras apreciables narraciones nacionales de los últimos tiempos, se publique en el extranjero.

“La novela de Hernán Valdés —propone la contratapa del volumen— surge de una apretada vivencia que hace de dos ciudades una sola: Santiago de Chile y Praga, unidas en el espacio y en el tiempo, son el trasfondo del que los personajes, llevados por la historia, se hunden en sus propias vidas buscando un destino que tiene a sus pies”. La observación es aleja, en forma evidente, de lo que sucede en la obra. No sólo en cuanto la presencia de Praga es en ella escasa (no así la de una aldea checa), sino fundamentalmente porque la presencia omnipresente que rige la narración es, sólo, la de Santiago de Chile.

Es el espacio de esta ciudad el que determina, de algún modo, la conciencia del narrador — personaje — protagonista. “La ciudad tiene ciertas reglas que has querido ignorar, ¿que no te has atrevido a reconocer?, y si ya tardamente, vencido de amor, te resolvieras a someterte a ellas, tu rostro no sabría dar fe de tales intenciones, derrotistas. La ciudad sabe cómo extrañarte, cómo abatirte y, sin siquiera declararlo, cómo vencerte”, se dice en un pasaje de la obra (p. 233), para agregar después: “A medida que llegas a nuevos barrios, que insistes en recorrer nuevas calles, en habitar nuevos cuartos... te inquietas progresivamente de tu extrañeza, de la ignorancia de tu verdadera voluntad, del destino incierto de esa libertad defendida con tanto afán...” (p. 234). A partir de este espacio se organiza la narración, estructurada, además, por la particular memoria del narrador-protagonista-personaje. “¿Con qué objeto su memoria recogía, conservaba y reproducía esos fragmentos visuales? No tenían nexos con ninguna preocupación, no se vinculaban a ningún estado de pensamiento. A veces, alguno de ellos permanecía más tiempo, se dilataba con mayor lentitud y contención, hasta revelar ciertos morfismos que podían asociarse a un recuerdo, pero, justo cuando esto parecía estar a punto de suceder, estallaba, sin precisar, dejando una sensación de extrañeza y olvido por cosas posiblemente vividas. A fin de reconstituir y desarrollar ciertos movimientos de las personas evocadas,



para detenerse o pasearse en algún detalle particularmente querido, o para aproximarse a él desde un plano distinto al plano de captación original, como a él le gustaba, debía renunciar finalmente a la ayuda desidiosa de su memoria y servirse de su imaginación”. Esta particular condición de la memoria del personaje, que hace “que en su caja visual él recibiera ráfagas de imágenes planas y estáticas, cuadros invertido, o mixturas de personas y cosas que no tenían relación entre sí, o movimientos trancos y aislados sin continuidad posible en la acción y la situación de la imagen siguiente”, determina, a pesar de que la narración suele estar en tercera persona, la estructura de la novela. Acercamiento o distanciamiento constante entre situaciones y personajes, ampliación o disminución del plano narrado, movimiento de vaivén entre el pasado y el presente, lo tangible y lo lejano, mediante un mecanismo que reproduce el *zoom* de las cámaras cinematográficas, dando título a la obra.

Así es como la figura de Héctor, casado, bohemio, estudiante, une los distintos espacios de la novela: el Santiago de Chile, en que creció, amó y frecuentó a los poetas, y la Checoslovaquia, a la que ha ido a estudiar, pero que se le presenta incomprensible, hostil, absolutamente ajena. Héctor ve la realidad desde su ciudad de origen, desde su sociedad de origen, y ello le impide, irremisiblemente, la comprensión o la adecuación a una sociedad diversa. “La ciudad, a cambio de su complacencia... te obligaría a ser cómplice, tarde o temprano, de su sueño, de sus pequeños delitos, de sus ritos de amnesia y mitomanía, de sus pomposas ceremonias insensatas; te constreñiría a disimular o minimizar todo deseo o todo acto que estuviera en conflicto con su pereza y su resistencia a los cambios, y te condenaría a sufrir en plena vida su mismo destino, su fatuidad, desesperada, su trabajo de olvido, de erosión, de opresión”. La figura del poeta Teófilo Ique memora a una gran figura de nuestra vida literaria: representa cabalmente los riesgos que implica la ciudad. Durante toda una vida trata de sustraerse a su influjo, rechaza todas las normas y convenciones que ella impone, al fin, sin embargo, y sin que él mismo pueda explicarse cómo, cae en sus asechanzas, se ve envuelto en sucesos inimaginados. El destino de Héctor, se sabe, reproducirá de un modo degradado la experiencia vital de Teófilo: sin su sentido

ZOOM

de Hernán Valdés

estético, su paradójica dignidad, su cuasi majestad. La visión de la ciudad como un elemento degradador, frustrante, se manifiesta tanto en la conciencia de los personajes como en las situaciones de la obra: el amor y el sexo, verbigracia, revisten siempre formas anómalas, insatisfactorias o grotescas. La ciudad, Santiago, es así lo que da unidad a la narración, caso extraño en nuestra novelística que ha ignorado, salvo excepciones, a nuestra capital como elemento homogenizador del relato, a diferencia de lo que sucede, por ejemplo, en la narrativa argentina con Buenos Aires. Así comprendida la obra, ofrece ricas posibilidades de explicación que la relacionen con la estructura general de nuestra vida histórica y cultural. La preocupación por Santiago, su visión como un ámbito alienador que impide la integración a otras formas sociales, el paso que priva de la libertad a sus habitantes, son algunos de los elementos a considerar. Otro, que apuntábamos al comenzar estas líneas y que puede parecer excéntrico, es, tal vez, también importante. La obra de Valdés se publica en México. Su caso no es aislado: dos de las obras más importantes de nuestra narrativa actual se han publicado en España: *El obscuro pájaro de la noche* de José Donoso y *Todas esas muertes* de Carlos Droguet (aún cuando esta última había sido publicada, con anterioridad, por partes, en nuestra patria). Entre tanto la literatura nacional se ve reducida, en nuestras propias editoriales, a una situación al menos insegura: tirajes reducidos, distribución deficiente, escasos derechos de autor, etc. Es más, recientemente todo Chile ha sido testigo como una empresa que de alguna manera subsana todas las fallas enunciadas, en cuanto asegura tiradas muy considerables, una distribución extensa y además de ello, subvención a los autores nacionales con sumas poco habituales en nuestro medio, aparentemente, reduce a la literatura a una función anclada al servicio de intereses puramente pecuniaros.

Urge, sin duda, una labor editorial de amplias proyecciones, que asegure, en este momento definitivo de nuestro destino, la posibilidad de que todo Chile escuche todo lo que nuestros escritores puedan aportar en el rescate y construcción de nuestra propia cultura y en las afirmaciones de nuestro propio ser, sin otras limitaciones que las que emanan de la autenticidad y calidad de sus obras.

AUTORÍA

Iñigo Madrigal, Luis

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Zoom [artículo] Luis Iñigo Madrigal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile